

¿Qué pasa con la política?

Mientras Vallejo sacude sus versos en mi alma

Fernando Morlanes Remiro

“Un hombre pasa con *Vallejo* al hombro”¹ y se pone a mirar por encima de las gafas. Y en su soledad telúrica —aquella que infunden las tierras desiertas y que contagian esa náusea profunda, esa “gana ubérrima” de poblar el desierto de exabruptos—, el hombre ha descubierto que ya no existen masas que alienten al cadáver ni, mucho menos, que lo resuciten ni que lo abracen. La *Masa* de hoy pasa ensimismada y, al mismo tiempo, temerosa. Como si cada puntito de esa *Masa* hubiese olvidado su voz de nuevo “Pedro Rojas”, incapaz de gritar “¡Viban los compañeros / a la cabecera de su aire escrito! / ¡Viban con esa b del buitre en las entrañas (...)!”. Adocenados por la dictadura del parqué se rinden detrás de la taza de café, porque “repercute jefe, suena subordinado” y nada se puede hacer, así son las cosas y no hay quien las cambie.

Salgo a la calle y descubro que aquella *Masa* se ha convertido en una muchedumbre inconexa, asustada de su propia sombra ha dejado de ser *Masa*, de nada es responsable, sobre nada reflexiona (no creáis aquello que machaconamente repiten las ondas, las letras del diario y la hipnótica luz de vuestro televisor, ni siquiera en la supuesta independencia de la red habréis de creer).

Se queja un viejo de que los socialistas roban, y otro con una mirada desganada dice que para robar está la derechona, pero a estos nadie se lo echa en cara porque, al parecer, han nacido para ello. Y discuten sobre quien de los dos les sacará del apuro; y cada uno vuelca sus esperanzas en aquellos grandes partidos opuestos y de ideologías tan parecidas. Y deben hacerlo así, porque si a estos les tienen miedo, al mínimo cambio le tienen pavor. Y así, para tener culpables a mano, hacen un saco e introducen en él a la palabra *política* y dicen: *yo no soy de*

“ Salgo a la calle y descubro que aquella *Masa* se ha convertido en una muchedumbre inconexa, asustada de su propia sombra ha dejado de ser *Masa*. ”

esos. Yo apolítico, apolítico. Pero no se marchan de la ciudad ¿Apolítico? Será que no son ciudadanos o que piensan que los asuntos de la ciudad solo pueden estar en manos de los profesionales, de los políticos. De aquellos que prometen que nos representarán para hacer tal y tal cosa y luego se pierden por los laberintos de Europa, de Wall Street, del Banco Mundial, de las economías emergentes, de las condiciones laborales en China (no ven la economía mixta), del liderazgo estadounidense o alemán, de las agencias de calificación, de los riesgos que producen las primas... riesgo... riesgo... Y, claro, no hay salida y cualquier barbarie se traduce en razón. Tenéis que sufrir. A pesar de la bondad de vuestros líderes, habéis de sufrir. Y sois vosotros los propietarios del sufrimiento patriótico. Propietarios sin otra posesión que el sufrimiento. Se sufre por la patria. Patria que son ellos. La patria siempre es algo grande que no puede tener privaciones, porque la patria son ellos, los paquidermos. Los mastodontes del poder que nunca tienen que pasar fronteras ni conseguir permisos de residencia, porque siempre son bien recibidos por otros mastodontes que nunca les miran las maletas. El elefante republicano, el asno demócrata, el capullo socialista, la gaviota popular, el aguilucho dictador... El mastodonte siempre está bendecido por el Papa y tiene desde hoy ganada su vida eterna, su cielito en la tierra.

Eso sólo pueden pensarlo los esclavos. Esclavos, además indignos; porque se prestan al teatro de las urnas, para que gentes bajo sospecha de estar financiados por corruptos o por feroces señores de las

¹ Todos los versos citados y parafraseados en este artículo pertenecen a Vallejo, Cesar. *Poesía completa*. La Habana: Arte y Literatura, 1988.



Fotografía: Manuel Caro

guerras, gente que vive sobre la muerte y la miseria de las dos terceras partes del mundo, gentes de raza superior, que no son fontaneros, ni madrugan, ni echan cuentas para pagar sus deudas. Para que esas gentes, digo, vivan a nuestra costa y de nuestro esfuerzo. Y murmurando loas y alabanzas a nuestro sistema democrático acudimos al trabajo; aunque en el bar entramos bien peinados y estirándonos las mangas de la camisa, decimos: “¡Más valdría, en verdad, / que se lo coman todo y acabemos!” Y los más esclavos de nosotros aborrecen la vida que nacieron porque al fin viven de tener que morir. Y es triste ese horizonte, tan triste que

Se dirá que tenemos
 en uno de los ojos mucha pena
 y también en el otro, mucha pena
 y en los dos, cuando miran, mucha pena...
 Entonces... ¡Claro!... Entonces... ¡ni palabra!

¿Qué hacer cuando los esclavos temen la libertad? Sus carceleros están tranquilos y se ríen de la última huelga: “¡Viban los compañeros!” decían cubiertos de pancartas, en lenta procesión pasaban mientras los banqueros, los patronos, las casullas y sotanas, los que profesan de políticos acudían acicalados, radiantes, bien engominados a la fiesta de palacio, seguros de sí, como aquellas damas con miriñaque y pálidas caras empolvadas de talco que acudían a Versalles resguardadas por sus pelucas, el día aquel en el que Francia inauguró una kermés sangrienta. Allí va el poder pasando sobre el

mundo, sobre la vida, sobre vuestro pasado, sobre vuestro futuro. “Serán tal vez los potros de bárbaros atilas; / o los heraldos negros que nos manda la Muerte”.

Ya veréis como acaban con todo, están tan

“ La patria siempre es algo grande que no puede tener privaciones, porque la patria son ellos, los paquidermos. ”

seguros de que no moveréis un dedo. Mientras os retardan la jubilación os acortarán la esperanza de vida, porque, qué haremos con una sanidad mendicante, sin profesionales, sin inversión en tareas de investigación, sin educación... Perder la vida, ya veréis, perder la vida ¡Y nosotros que soñábamos con acabar con el hambre en el mundo!

Así vais pasando, con vuestro paso lento hacia el trabajo, tal vez acudís enfermos, por la mitad de salario, sin saber a qué hora regresaréis a casa — eso si no os la han embargado—, sin levantar la voz, sin escuchar susurros de poesía tierna e inquietante que, con palabras dulces, vuestra humanidad aliente. Pasáis indiferentes, inanes, desplomados, bajo el yugo de aquellos “Heraldos negros” que siempre dominaron la tierra. Pasaréis exhaustos, sin recordar apenas a esos Cesar Vallejo que, a pesar de todo, os daban “(...) un abrazo, emocionado / ¡Qué más da! Emocionado... Emocionado...”.